

AZORÍN

L A R R A

---

En la densa, abundantísima labor literaria de Azorín, que abarcó más de tres cuartos de siglo de su vida, no es fácil seleccionar aquellas páginas suyas que mejor representen su pensamiento y su estilo. La admiración inextingible que siempre tuvo por Larra, los varios trabajos que a éste dedicó y su proximidad con el espíritu de *Figaro*, nos han hecho inclinarnos a reproducir el discurso que pronunció Azorín en el homenaje que un grupo de jóvenes rindió al gran satírico un 13 de febrero, en el cementerio de San Nicolás junto al nicho donde reposan sus restos.

N. de la D.

“A M I G O S : consideremos la vida de un artista que vivió atormentado por ansias inapagadas de ideal y consideremos la muerte de un hombre que murió por anhelos no satisfechos de amor. Veintisiete años habitó en la tierra. En tan breve y percedero término pasó por el dolor de la pasión intensa y por el placer de la creación artística. Amó y creó. Se dio entero a la vida y a la obra; todas sus vacilaciones, sus amarguras, sus inquietudes en sus vibradoras páginas y en su trágica muerte.

“Y he aquí por qué nosotros, jóvenes y artistas, atormentados por las mismas ansias y sentidores de los propios anhelos, venimos hoy a honrar, en su aniversario, la memoria de quien queremos como a un amigo y veneramos como a un maestro.

“Maestro de la presente juventud es Mariano José de Larra. Sincero, impetuoso, apasionado, Larra trae antes que nadie al arte la impresión íntima de la vida, y con Larra antes que con nadie llega a la literatura el personalismo conmovedor y artístico. La lengua toda se renueva bajo su pluma: usado y fatigado el viejo idioma castellano por

investigadores y eruditos en el siglo XVIII, aparece vivaz y esplendoroso, pintoresco y ameno en las páginas del gran satírico.

"La vida es dolorosa y triste. El desolador pesimismo del pueblo griego, el pueblo que creara la tragedia, resurge en nuestros días. ¡Quién sabe si la vida no es para nosotros una muerte y la muerte no es una vida!, exclama Eurípides. Y Larra, indeciso, irresoluto, escéptico, es la primera encarnación y la primera víctima de estas redivivas y angustiosas perplejidades. El constante e inexpugnable 'muro' de que *Fígaro* hablaba, es el misterio eterno de las cosas. ¿Dónde está la vida y dónde está la muerte?

"'Tenme lástima, literato', le dice a Larra, en uno de sus artículos, su criado; 'yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia'. Ansioso e impotente, cruza Larra la vida; amargado por el perpetuo *no saber* llega a la muerte. La muerte para él es una liberación; acaso es la vida. Impasible franquea el misterio y muere.

"Su muerte es tan conmovedora como su vida. Su muerte es una tragedia y su vida una paradoja. No busquemos en Larra al hombre unilateral y rectilíneo amado de las masas: no es liberal ni reaccionario, ni contemporizador ni intransigente: no es nada y lo es todo. Su obra es tan varia y tan contradictoria como la vida. Y si ser libre es gustar de todo y renegar de todo —en amena inconsecuencia que horroriza a la consecuente burguesía—, Larra es el más libre, espontáneo y destructor espíritu contemporáneo. Por este maravilloso mariposeo intelectual, ilógico como el hombre y el universo ilógico; por este maravilloso mariposeo intelectual, simpática protesta contra la rigidez de canon, honrada disciplina del espíritu, es por lo que nosotros lo amamos. Y porque los amamos y porque lo consideramos como a uno de nuestros progenitores literarios, venimos hoy, después de sesenta y cuatro años de olvido, a celebrar su memoria.

"Celebrémosla, honrémosla en nuestros corazones. Mariano José de Larra fue un hombre y fue un artista: saludemos, amigos, desde este misterio de la vida a quien partió sereno hacia el misterio de la muerte".